



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 4, ISSUE 9

1 DE SEPTIEMBRE DE 2,012

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15

La Búsqueda De Dios

Pastor Eddie Idefonso



Dr. Eddie Idefonso

*West Los Angeles Living Word Christian Center
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary
Honduras, Pakistan, Zimbabwe Extensions
International Dean, Covington Theological Seminary*

Sigamos Ardorosamente en Pos de Dios

Mi alma sigue ardorosa en pos de ti; tu diestra me ha sostenido. [Salmos 63:8](#) V.M.

Salmo 63:8 (LBLA)

⁸ A ti se aferra mi alma; tu diestra me sostiene.

La teología cristiana enseña la gracia preveniente, que, dicho brevemente, significa que el hombre, antes que busque a Dios, Dios está buscándole.

Antes que el hombre pueda pensar bien acerca de Dios, debe haber en él una iluminación interior. Esta puede ser imperfecta, sin embargo, el hecho existe y es la causa de todos los anhelos, búsquedas y oraciones

subsiguientes.

Buscamos a Dios porque él ha puesto en nosotros deseos de dar con él. “**Nadie puede venir a mí—dijo el Señor Jesús—si mi padre celestial no le trajere.**” Y es esa *atracción* de Dios lo que nos quita todo vestigio de merito por haber acudido a él. El impulso de salir en busca de Dios emana del propio Dios, pero el resultado de dicho impulso es que sigamos ardorosamente en pos de él. Y mientras andamos en pos de él, estamos en sus manos. “**Tu diestra me ha sostenido**” [Salmos 63:8](#) V.M.

En este *sostén* divino, y *seguimiento* humano no hay contradicción alguna, porque como dice **von Hugel**, *Dios es siempre previo*. Pero en la práctica (esto es, cuando el hombre responde a la obra de Dios) el hombre debe salir en busca de Dios. Debe haber de nuestra parte una respuesta recíproca a la atracción de Dios, si queremos disfrutar de la experiencia. Este interés, este anhelo ferviente, lo tenemos expresado en el [Salmo 42](#), donde dice “**Como el siervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré, y compareceré delante de Dios?**” Este es un profundo llamado a lo profundo, y así lo entenderá el corazón anhelante.

La doctrina de la justificación por la fe—verdaderamente bíblica y bendita liberación del legalismo estéril y los vanos esfuerzos personales—ha caído en nuestros días en mala compañía. Muchos la han interpretado en manera tal que ha formado una barrera entre el hombre y el conocimiento de Dios. Todo el procedimiento de la conversión religiosa ha llegado a ser una cosa mecánica y sin espíritu. La fe, según dicen, puede llegarse a ejercer sin que tenga nada que ver con los actos de la vida, y sin turbar para nada al *yo* adámico. Se puede “**recibir**” a Cristo sin entregarle el alma ni tenerle amor alguno. El alma es salvada, pero no llega a sentir hambre y sed de Dios. Los que sostienen tal doctrina reconocen que el alma es capaz de contentarse con muy poco.

El hombre de ciencia moderno ha perdido a Dios entre las maravillas de su mundo. Nosotros los cristianos corremos peligro de perder a Dios entre las maravillas de su Palabra. Casi hemos olvidado que Dios es Persona, y que, por tanto, puede cultivarse su amistad como la de cualquier persona. Es propio de la persona conocer a otras personas, pero no se puede conocer a una a través de un solo encuentro. Solo al cabo de prolongado trato y compañerismo se logra en pleno conocimiento.

Toda relación social entre los seres humanos se origina en el trato personal de unos con otros. A veces comienza con un encuentro casual, pero con el trato continuo dicho encuentro fugaz se convierte en la más íntima amistad. La religión, siempre que sea genuina, es la respuesta que dan las personas creadas al Creador. **“Esta, empero, es la vida eterna, que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”**

Dios es persona, y en las profundidades de su poderosa naturaleza piensa, tiene deseos, goces, sentimientos, amor y padecimientos, como puede tenerlos cualquier otra persona. Para darse a conocer a nosotros se nos presenta como una persona. Se comunica con nosotros por medio de nuestra mente, nuestra voluntad y nuestras emociones. El intercambio continuo e ininterrumpido de amor y pensamiento entre Dios y el alma creyente, es el corazón palpitante de la religión del Nuevo Testamento.

Conocemos esta relación personal entre Dios y el

alma por medio de la conciencia que tenemos de ello. Se trata de algo personal, que no nos llega por conducto de un grupo de creyentes, sino que cada persona, individualmente, sabe lo que es. El conjunto se entera de ello por medio de las personas que lo forman. Y la persona es bien consciente de ello, porque es imposible que el alma no se entere de ello, como ocurre con el bautismo de niños. Entra dentro de la esfera del conocimiento, de modo que el hombre “**sabe**” lo que es encontrarse con Dios, como sabe de cualquier otra cosa que le ocurre.

Usted y yo somos en pequeño (exceptuando nuestros pecados) lo que Dios es en grande. Habiendo sido hechos a la imagen suya, tenemos la facultad de conocerle. Cuando estamos en el pecado, carecemos de ese poder, pero cuando el Espíritu nos da vida en la regeneración, todo nuestro ser siente el parentesco con Dios. Y gozoso se apresura a reconocerlo. Este es el nacimiento celestial sin el cual no podemos ver el reino de Dios. Pero la regeneración, o nuevo nacimiento, no es el fin del proceso sino simplemente el principio. Es el mero momento cuando comenzamos la búsqueda, la feliz exploración que hace el alma en busca de las inescrutables riquezas de la Divinidad. Es ahí donde comenzamos, pero nadie puede decir donde nos detendremos, pues las misteriosas profundidades de Dios, Trino y Único, no tienen fin.

*Mar sin límites, ¿quién podrá sondearte?
Tu propia eternidad ha de rodearte,
¡Divina Majestad!*

El haber hallado a Dios, y seguir buscándole, es una de aquellas paradojas del amor, que miran despectivamente algunos ministros que se satisfacen con poco, pero que no satisfacen a los buenos hijos de Dios de corazón ardiente.

San Bernardo se refirió a esta santa paradoja en un sonoro cuarteto que comprenderán fácilmente aquellos que rinden culto a Dios con sincero corazón:

*Gustamos de tí, santo y vivo pan
y ansiamos seguir comiendo aún más;
Bebemos de tí, puro manantial
Sin querer dejar de beber jamás.*

Acerquémonos a los santos hombres y mujeres del pasado, y no tardaremos en sentir el calor de su ansia de Dios. Gemían por él, oraban implorando su presencia, y le buscaban día y noche, en tiempo y fuera de

tiempo. Y cuando lo hallaban, les era tanto más grato el encuentro cuanto había sido el ansia con que lo habían buscado. Moisés se valió de que ya conocía a Dios para pedir conocerle más: **“Ahora pues, si he hallado gracia ante tus ojos, te ruego que me hagas conocer tus caminos para que yo te conozca y halle gracia ante tus ojos.....”** ([Éxodo 33:13](#)). Y después se atrevió a hacer una solicitud aún más atrevida: **“Te ruego que me muestres tu gloria”** ([vs. 18](#)).

La vida de David fue un torrente de deseos espirituales. En sus salmos abundan los clamores del que busca y las exclamaciones del que encuentra. Pablo afirma que el más grande deseo de su corazón era hallar a Cristo: **“y ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”** ([Filipenses 3:8](#)).

Nuestros himnarios tradicionales están llenos de himnos que expresan el gozo de los creyentes de antaño de haber hallado a Dios después de larga búsqueda. Pero actualmente se cantan muy pocos de esos himnos. Es trágico que dejemos la búsqueda de Dios a unos pocos maestros en lugar de realizarla cada uno de nosotros. Hacemos depender toda la vida cristiana del acto inicial de "aceptar" a Cristo (una palabra, de paso, que no se encuentra en la Biblia) y no esperamos que haya después ninguna otra revelación de Dios a nuestras almas. Hemos caído en las redes de la falsa lógica que dice que si ya tienes a Dios, no necesitas buscarle. Tal argumento se presenta como la flor y nata de la ortodoxia, y se da por sentado que ningún cristiano instruido en la Biblia cree otra cosa. Por eso hacen a un lado toda sincera y afanosa búsqueda de comunión espiritual con Cristo, haciendo que los cultos sean meras formalidades sin vida.

Rehúyen así la teología del corazón que experimentaron y experimentan aún multitudes de santos, y aceptan una presunta interpretación de las Escrituras que habría asombrado a Jesús y los apóstoles.

Reconozco que hay muchos todavía, en medio de esta general tibieza, que no se conforman con esa lógica superficial. Pero se alejan llorando, buscando algún sitio tranquilo donde orar diciendo, **“¡Oh Dios, muéstrame tu gloria!”** Es que quieren probar, tocar

con sus corazones y ver con los ojos del alma al Dios maravilloso.

Mi deliberada intención es estimular este deseo de hallar a Dios. Es la carencia de ese deseo, de esa hambre, lo que ha producido la actual situación de desgano, tibieza y desinterés en que está sumida la iglesia. La vida religiosa, fría y mecánica que vivimos es lo que ha producido la muerte de esos deseos. La complacencia es la enemiga mortal de todo crecimiento espiritual. Si no sentimos vivos deseos de verle, Cristo nunca se manifestará a su pueblo. ¡Él quiere que le deseemos! Y triste es decirlo, él nos está esperando a muchos de nosotros por mucho tiempo. Y hasta ahora ha sido en vano.

Cada siglo tiene sus propias características. Actualmente estamos en una época de complejidad religiosa. Es muy raro encontrar la sencillez de Cristo. Esta ha sido remplazada por planes, métodos, organizaciones y un mundo de actividades frenéticas que se llevan todo nuestro tiempo y atención, pero que no satisfacen los anhelos del alma. La escasa profundidad de nuestra experiencia, lo hueco de nuestro culto, y la manera servil como imitamos al mundo, todo indica el superficial conocimiento que tenemos de Dios. Y que es muy poco lo que sabemos acerca de su paz.

Si queremos hallar a Dios en medio de tanta aparatosidad religiosa, lo primero que debemos hacer es encontrarlo a él, para luego seguir en pos de él con toda sencillez. Hoy en día, como lo ha hecho siempre, Dios se manifiesta a los “niños” y se oculta de los sabios y entendidos. Debemos allegarnos a él del modo más sencillo, y para ello, debemos valernos de medios esenciales, que son ciertamente muy pocos. Debemos evitar toda cosa que tienda a llamar la atención, y acercarnos a él con el candor y la sinceridad de la niñez. Si así lo hacemos, Dios no tardará en responder.

Cuando la religión ha dicho la última palabra, nada necesitamos sino a Dios mismo. La mala costumbre de buscar a Dios junto con otras cosas, nos impide hallarle a él mismo, y que nos revele toda su plenitud. Es en esas *otras cosas* donde está la causa de nuestra desdicha. Si dejamos esa vana búsqueda adicional muy pronto encontraremos a Dios, y en él hallaremos todo lo que anhelamos.

El autor del clásico libro inglés *The Cloud of*

Unknowing (“La Nube de lo Desconocido”), nos dice como podemos hacerlo: “Eleva tu corazón a Dios con amor humilde y sincero, y búscalo a él, y no a sus dones. Piensa en Dios y busca solo a Dios, solo por lo que Dios es. Esta es la obra del alma que más agrada a Dios.”

También recomienda el mismo autor que al orar nos despojemos de todo, hasta de nuestra teología, pues “basta la intención desnuda que se dirige a Dios sin apelar a ningún otro recurso, sino dependiendo únicamente de él” Por debajo de estos pensamientos descansa la verdad del Nuevo Testamento, pues sigue explicando que “Dios te ha hecho, y te ha comprado, y movido por su tierna gracia, te llama.” Lo que él quiere es la sencillez. “Si queremos que se nos dé la religión envuelta y arrollada en una sola palabra, esta una palabra de dos sílabas, que por su misma pequeñez concuerda con la obra del Espíritu. Esta palabra es AMOR.”

Cuando Dios dividió la tierra de Canaán entre las tribus de Israel, Leví no recibió ninguna porción. A esta tribu Dios le dijo simplemente “**Yo soy tu parte y tu heredad**” ([Números 18:20](#)). Y por esta palabra Leví fue más rico que ninguna de las otras tribus, y que todos los reyes del mundo. Aquí hay un principio espiritual que continúa en vigor en el Nuevo Testamento.

El hombre que tiene a Dios por su posesión, tiene todo lo que es necesario tener. Podrá carecer de todos los tesoros materiales, o si los posee, estos no le producirán ningún placer especial. Y si los ve desaparecer, uno tras otro, apenas podrá sentir la pérdida, porque teniendo a Dios tiene la fuente de toda felicidad. No importa cuántas cosas pierda, de hecho no ha perdido nada. Todo lo que posee, lo posee en Dios, pura y legítimamente para siempre.

¡Oh Dios! He probado tus bondades, y a la par que ellas me han satisfecho, me han dejado sediento por más. Reconozco que necesito más y más gratia. Estoy avergonzado de mi falta de interés. Oh Dios, Trino Dios, quiero tener más vivos deseos de tí; deseo que me llenes de esos deseos; quiero que me des más sed de tí. Te ruego que me hagas ver tu gloria, para que pueda conocerte mejor. Comienza dentro de mí una nueva obra de amor. Dile a mi alma, "¡Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente conmigo!" ([Cantares 2:10](#) V.M.) Dame la gratia ne-

cesaria para que pueda levantarme y seguir en pos de tí, elevándome por encima de esta tierra baja y nublada donde he andado errante tanto tiempo. En el Nombre de Jesús, amén.

CORAM DEO **(Ante la cara de Dios)**

De dos en dos

Después de estas cosas, el Señor designó también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. [Lucas 10:1](#)

El Señor Jesús no adhería a esa línea de pensamiento que sostiene que a un obrero no se le puede confiar ninguna responsabilidad hasta que esté formado, hasta que haya madurado lo suficiente como para llevar el peso de su llamado. Mientras él seguía invirtiendo en la capacitación de los discípulos, los reunió y les dio una tarea para hacer. Para que pudieran llevar adelante este proyecto les proveyó claras instrucciones para cada aspecto del viaje. Con seguridad los discípulos no percibieron que el cuidado amoroso de Cristo por sus vidas se reflejaba en un detalle adicional: los envió de dos en dos. ¡Que buena estrategia! Cuánta sabiduría que hay en esta decisión, y qué buen ejemplo que nos deja a nosotros, en nuestra tarea de formar obreros.

En primer lugar, cuando estamos acompañados los desafíos siempre se ven más fáciles. Podemos consultar a nuestro compañero, compartir con él o ella nuestras dudas y temores y alimentarnos de la osadía natural que viene de estar acompañado. Aunque la otra persona no tenga la respuesta que estamos buscando, solamente contar con su amistad y compañía ya es parte de la provisión de Dios para nuestras necesidades.

En segundo lugar, andar de a dos enriquece nuestra perspectiva. En lugar de depender enteramente de nuestros propios criterios y visión, podemos escuchar a la otra persona y considerar su punto de vista de las cosas. Seguramente el otro va a ver aspectos que yo no he visto, y esto me ayudará a ser más equilibrado en todo lo que hago.

En tercer lugar, dos realizan una tarea mejor que uno. Nuestros dones y talentos se complementan, de tal manera que trabajando juntos podemos lograr un mejor resultado que por separado. Seguramente la persona que me acompaña aportará aquellas cualidades y particularidades que son esencialmente suyas; una de-

mostración de la increíble diversidad con la cual Dios nos ha creado.

En cuarto lugar, trabajando juntos tenemos a nuestro lado una persona que nos ayuda a evaluar nuestro propio desempeño. Puede corregir nuestros errores y reconocer nuestros aciertos, ayudando a que cada día seamos más sabios en la manera en que realizamos las tareas que se nos han encomendado.

En quinto lugar, esta persona nos servirá de consuelo y sostén cuando las cosas no salgan como estábamos esperando. Durante el viaje seguramente experimentaremos oposición, desánimo y confusión. Al estar juntos, podemos compartir la angustia del fracaso y también llevar la frustración a Dios.

Por último, este compañero traerá gozo a nuestra vida al tener con quien compartir las alegrías experimentadas. Cuando vivimos una alegría intensa, nada mejor que celebrarla con otro. Las victorias y los logros definitivamente tienen otro sabor cuando las vivimos en equipo.

(Doctrina en capsula)

SU SOBERANÍA DIOS REINA

Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades.

Daniel 4:34

La afirmación de la soberanía absoluta de Dios en la creación, la providencia y la gracia es básica para las creencias y la alabanza bíblicas. La visión de Dios en su trono—esto es, reinando—aparece una y otra vez (**1 Reyes 22:19**; **Isaías 6:1**; **Ezequiel 1:26**; **Daniel 7:9**; **Apocalipsis 4:2**; cf. **Salmos 11:4**; **45:6**; **47:8-9**; **Hebreos 12:2**; **Apocalipsis 3:21**), y se nos dice constantemente con términos explícitos que el Señor (Jehová) reina como monarca, y ejerce su dominio sobre las cosas grandes y las pequeñas por igual (**Éxodo 15:18**; **Salmos 47**; **93**; **96:10**; **97**; **99:1-5**; **146:10**; **Proverbios 16:33**; **21:1**; **Isaías 24:23**; **52:7**; **Daniel 4:34-35**; **5:21-28**; **6:26**; **Mateo 10:29-31**). El dominio de Dios es total: su voluntad es la que decide, y lleva a cabo todo cuanto decide, y nadie puede detener su mano ni frustrar sus planes.

A lo largo de todas las Escrituras aparece con claridad que las criaturas racionales de Dios, tanto angélicas como humanas, poseen libre albedrío

(poder para tomar decisiones personales en cuanto a lo que deben hacer); no seríamos seres morales, responsables ante Dios como juez, de no ser así; tampoco sería entonces posible distinguir, como lo hacen las Escrituras, entre las malas intenciones de los agentes humanos y las buenas intenciones de Dios, quien utiliza en su soberanía las acciones humanas, como medio planificado para llegar a sus propias metas (**Génesis 50:20**; **Hechos 2:23**; **13:26-39**). Con todo, la realidad del libre albedrío nos hace enfrentarnos con el misterio, puesto que el control de Dios sobre nuestras actividades libres y decididas por nosotros mismos es tan completo como lo es sobre cualquier otra cosa, y cómo puede ser esto, lo desconocemos. No obstante, Dios ejerce de ordinario su soberanía permitiendo que las cosas tomen su curso, más que a través de intrusiones milagrosas que creen perturbación.

En el **Salmo 93** se dice que la realidad del dominio soberano de Dios

- (a) garantiza la estabilidad del mundo contra todas las fuerzas del caos (vv. **1b-4**),
- (b) confirma el hecho de que todo cuanto Dios manifieste u ordene es digno de confianza (v. **5a**), y
- (c) llama a su pueblo a darle el homenaje de la santidad (v. **5b**). Todo este salmo expresa gozo, esperanza y confianza en Dios, y no es de maravillarse. Nos conviene tomarnos muy en serio esta enseñanza.



*West Los Angeles
Living Word Christian Center*

6520 Arizona Avenue
Los Angeles, CA 90045 USA
(310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: admin@wlalwcc.org
Web Site: www.wlalwcc.org